

LA DECENA HUMORISTICA

UN PARRICIDO FRUSTRADO

Al entrar en la cervecería, creyó oportuno exclamar: ¡Abajo los guardias!... ¡Viva la república!... Y como nadie se diera por aludido, hizo mutis, solicitando benevolencia.

Estaba fuera de ambiente.

Juanito Sparafucile, tenía sobre este punto una opinión definitiva, fruto de larga experiencia adquirida durante cerca de treinta años: "el hombre húmedo, humedecido, no puede ni debe concurrir a lugares donde alterna la burguesía, porque el sentido común y la vulgaridad, es el amoníaco más fuerte que se conoce."

"Los burgueses de la clase media, no saben, que después del quinto coñac no se debe comer, porque sería perder el dinero de lo que se ha bebido, ni que se debe dejar el café, cuando se va "bien" de cazalla, ni que está prohibido el inodoro cuando se está celebrando un festival de cerveza." "Abajo la burguesía!... Para alternar hace falta el conocimiento previo de la ideología de las masas y el salir de casa con dinero como manda el catecismo. Eso de mucho automóvil, muchas joyas a la señora, muchas suscripciones benéficas para salir en la prensa, y luego, una copa nada más, y después del café, es un verdadero atraso."

Así hablaba nuestro admirable amigo, antes de invitar a una "ronda"; en el transcurso de ella, —escasamente un minuto—, no decía nada; un "que alimente mucho", era el consabido "buen provecho y a la salud" y el R. I. P., de la misma; a los cinco minutos reincidía en invitar, y si alguien se negaba "a seguir", exclamaba: "Somos o no somos", y la frase tenía en sus labios acostumbrados a la escalofriante caricia del cristal, un valor indescutible y rotundo, tan grande, como el de aquellos calurosísimos discursos que pronunciaba después de tomar la cuarta.

Porque han de saber ustedes, que la elocuencia está en razón directa con la "humedad" que caliente el gáznate, y que el señor don Juan Sparafucile.—Juanito, a partir de la tercera; el "más grande", después de la quinta y el "hermano del dueño", una vez tomada la séptima—, era un delicado orador y filósofo sentimental, que después de hacer de su vicio un arte romántico, escribió sentencias al estilo de Marco Aurelio, algunas de las cuales han llegado hasta nuestros días. ¿Quién no conoce aquella que dice: "más vale vaso en mano que taberna en fotografía"?

Sparafucile, nunca bebió por emborracharse. Unas veces, era por favorecer a don Pedro Doméq; otras, para protestar con derecho adquirido, del escaso líquido que contienen las botellas de tres cuartos, y para solicitar envases Rotterdam, como única solución para ahorrar corchos y etiquetas; otras, bebía, por aquello de que los cuerpos se conservan mejor en alcohol...

Se cuentan de él, infinidad de anécdotas interesantísimas, pero en honor a la moralidad de nuestros lectores solo podemos transcribir la siguiente:

A los treinta y cinco años, Sparafucile, en el transcurso de una tarde de "lluvia" (tarde brumosa en la que el caldo del cocido sin espumar, estaba sobre la mesa, en la plenitud de los alimentos adquiridos tras luengos hervores en conubio con un hueso de lacon), penetró en el cuarto de doña Tula, su simpática patrona, y sin darse cuenta, la abrazó jurando "que para él los lirios artificiales existían desde que la había conocido."

En aquel momento entró Celedonio, marido de la "supuesta adúltera" y guardia civil de a caballo, y como es "de rigor" se armó "una" algo parecida a la que se hubiera "liao" en Troya, si además de Helenita hubiera concurrido el coñac, la Nena Discher y lo fácil que para algunos parecía hacerse Abogado en Manila.

Desenvainó, Celedonio, calderoniano propiamente dicho, y exclamó: "¡Miserables!"...

(Los otros dos personajes, como de costumbre, "mudos de espanto", ofreciendo dinero por un temblor de tierra, permanecían abrazados)...

"¡Miserables!... sus doy el tercer toque de atención. Decid alguna frase célebre, porque esta noche, salimos todos en la prensa"...

Juanito Sparafucile, abandonó a la patrona y llorando cayó en los brazos del guardia, gritando a grandes voces: ¡¡¡Mi padre!!!...

Y la patrona, agarrándose a la frascita como a un clavo ardiendo, siempre comercial, oportuna y lista, mugió, algo ofendida:

"Su padre eres, Celedonio, por que aquí, el señor, acaba de pedirme la mano de la Lulú, y por eso nos abrazábamos en "ese transporte"... ¡Mira que eres bruto, Cele!... ¡Pues no ibas a cometer un "parrecido político"!...

(Juanito Sparafucile, no invitó a nadie a su boda).

Don GAIFEROS.